

# La barbarie estructural de nuestro tiempo

**José María Berro**

Sindicalista. CGT



De entre las barbaries de nuestro tiempo quizá una de las más patentes sea la desigualdad en los parámetros abismales, absolutamente bárbaros, en los que ésta se presenta. Los millones de muertos de hambre, el que un ser humano llegue a disponer de lo que no alcanzan a tener cientos de millones de otros seres humanos parece cosa de bárbaros, gentes sin ápice de racionalidad y sentido de la medida. Es difícil de explicar como esto ha llegado a ser aceptado y aceptable, más cuando convive con una alta consideración de toda persona e importantes declaraciones sobre los derechos humanos.

Junto a ella, y como su otra cara, están las diferencias de poder y la dominación que de ellas resulta. Las guerras son la cara más explícitas del poder, y vivimos en época de guerras atroces, que no son enfrentamientos surgidos sino algo perfectamente diseñado y programado. Sin dejar de recordar que en las guerras actuales el 90% de las víctimas son civiles, la mayoría mujeres y niños, y, sin embargo, son guerras limpias, de diseño, llevadas a cabo con armas inteligentes, en unos tiempos en los que las fábricas de armas son pilares y motores de la economías y en los que esas guerras con las que convivimos se deben a intereses económicos, perfectamente integradas en la planificación económica, calculables y calculadas.

Una tercera barbarie sería el hecho de que las dos anteriores, la creciente desigualdad económica y la dominación política, son y no pueden no ser. Su desaparición sería una catástrofe. El modelo de desarrollo y los gigantes avances tecnológicos requieren centralización y acumulación. Nuestra economía se basa en la acumulación y la concentración, si ésta dejase de producirse sería su final y se llegaría en breve tiempo a la carencia y la pobreza. El dinero repartido es productivamente inútil, hay mucho en que gastar lo poco, sólo el acumulado es productivo; lo sabe bien el P.P. y todos los gobernantes. Lo mismo sucede en el terreno político o de la acumulación de capacidad de dominación. De ese poder centralizado y de la precisión de su maquinaria de funcionamiento depende nuestra seguridad en la sociedad del alto, altísimo riesgo. Igual ocurre en el plano exterior: si todos los gobiernos y los grupos de oposición tuvieran acceso de

forma más o menos similar a los nuevos armamentos la situación sería francamente peor que la actual acumulación hegemónica que padecemos. Ni las multinacionales son autogestionables ni la bomba atómica democratizable. El poder absoluto y concentrado es necesario. La barbarie es imprescindible ... y salvadora. Lo cual no deja de constituir esa tercera barbarie, menos patente si se quiere pero de un mayor calado

La cuarta barbarie estaría constituida por la sociedad y el individuo resultantes de la situación anteriormente descrita. Del poder económico y político dependemos todos y todos nos sometemos gustosamente a él, entregándole cada día nuevas parcelas de nosotros mismos. Cada día somos más producto o resultado y menos sujetos; frente al cambio de las circunstancias se opta por adaptarse y convivir con ellas, y el individuo que no trata de cambiar (hacer) las circunstancias es imposible que trate de cambiarse (hacerse) a sí mismo. Hoy convivimos bastante cómodamente con toda suerte de barbaries próximas y lejanas sin que ellas nos manchen ni nos impliquen, pero a costa de transformar el saber en conocimientos, la capacidad crítica en criticismo estéril, la convicción en opinión, etc.

Aunque la adaptabilidad extrema sea una de las posibilidades del ser humano, en el predominio de esa cualidad juegan un papel importante dos factores aparentemente contradictorios: la entrada de la realidad en el reino de la necesidad y su conversión en irrealidad.

En el segundo factor cumplen papel destacado los medios de comunicación y de modo prioritario, aunque muy bien secundado, la televisión. Vivimos en la más absoluta enajenación e irrealidad. Si el programa más serio y definitorio de cualquier cadena es el telediario, en todas ellas se suceden al mismo nivel de importancia las noticias más dispares y dispersas: la ola de frío, los muertos en el Estrecho, la pasarela de la moda de Milán, los preparativos de la próxima guerra de Irak, el

de Ronaldo, los 10 muertos de frío de la última semana en Madrid que no son nada en comparación con los 183 de Moscú, y un repugnante etcétera. Incluso alguna de esas cadenas tiene la habilidad de encadenar todos esos sucesos, dándoles continuidad y haciendo de todos ellos una sola noticia encadenada. Y el telediario tiene una continuidad casi perfecta en el magazín de la tarde o el concurso o la película de la noche. Todo constituye noticia y en noticia se queda. Nada es de más importancia ni más real que nada: lo que la Tv cuenta y lo que produce. Cualquier cosa adquiere la misma irrealidad que todo. Se puede vivir perfectamente en el ensueño del mundo de la televisión sin necesidad de asomarse al mundo real. Y el mundo real también puede virirse sin necesidad de

asomarse (de estar dentro, de tomar partido, de comprometerse) a él. El individuo espectador no tiene porque decidir, porque querer o dejar de querer algo, porque enfrentarse o apoyar alguna cosa. Su máximo decidir, su máximo ejercicio de libertad consiste en la elección de canal, y aun ese se palia con el *zapping*.

Paradójicamente, de forma simultánea a la confusión y el esconderse de la realidad en la irrealidad, aquella se convierte en más pétrea y cerrada, más sujeta a la necesidad, más dada como inmodificable. Y si la conversión en irrealidad anula la voluntad del individuo, su entrada en el reino de la necesidad la convierte en impotente y estéril. Y ambos factores consiguen que el individuo conviva cómoda y desculpabilizadamente con cada una de las barbaries que a su alrededor suceden y con una barbarie total y envolvente. Esta desculpabilización del individuo es lo que a mi modo de ver constituye la cuarta barbarie, de naturaleza todavía más honda y afectando más centralmente al individuo, antes persona.

Todo ello tiene expresiones o consecuencias en cualquiera de los terrenos del vivir y del ser, tanto individuales como sociales.

